

darán en una China Celeste. La realidad, de tan cierta, se ha vuelto leyenda, fábula en profundidad. El poeta no renuncia a la esperanza, como manifiesta en su gran poema final: «La Sibila». La vejez es sabiduría y vigor al amparo de círculos concéntricos: el amor, la amistad, la difícil admiración. Desde su sereno apartamiento, el gran poeta nos muestra en su nuevo libro su constante adhesión a la verdad, a la luz de la verdad. ■ MARIO HERMANDEZ.

«Spoon River»

La euforia apasionada y la exaltación optimista que provoca la identificación entre el hombre y la tierra nuevos, y potencialmente feraces, que el patriarca Walt Whitman definiera en la naciente poesía norteamericana, se resquebraja progresivamente durante la primera década de este siglo, y a medida que la incipiente explosión industrial desborda aquel sentimiento épico-bíblico, entre legendario y mítico, que acompañara a los pioneros en el nacimiento de una nación.

En octubre de 1912 aparece el primer número de la revista «Poetry». Este acontecimiento, y la presencia de poetas, como Robert Forst, Carl Sandburg y Edgar Lee Masters, va a producir, como consecuencia, el primer cambio radical, la primera revolución literaria, frente a la exuberante tradición whitmaniana. Con esta revista y con estos escritores, la literatura USA empieza a ofrecer una imagen más acorde con la realidad de la difícil coyuntura que se avecinaba, y cuyos prolegómenos ya se estaban viviendo.

«Master y Sandburg —ha escrito Agustí Bartra— rompen con el pasado... Masters... crea una épica minúscula, en la que no exalta nada: se limita a constatar que el hombre sigue siendo lo que fue, y lo que seguramente será

siempre» (1). Precisamente en este intento desmitificador radical, de recuperación de la verdad pura y simple, y de la grandeza de la actividad cotidiana, hemos de situar la «Spoon River Anthology», el libro más importante de Edgar Lee Masters (1869-1950), del que acaba de publicarse una selección, con cuidada traducción castellana de Alberto Girri (2). Masters aborda en su libro la visión colectiva de su pueblo, de sus gentes, la difícil prueba del vivir por la que pasan todos ellos, sin edulcorantes de ninguna clase, rasgando intencionadamente las máscaras tópicas y convencionales para dejar al descubierto esa «épica minúscula» de acciones grandes y pequeñas, desinteresadas y mezquinas. «Masters (y algunos escritores empezaban a contemplar el paso definitivo del país norteamericano de una sociedad agraria a una industrial, el creciente ascenso económico y la mecanización, preguntándose si todo ese cambio merecía los sacrificios que exigía en sufrimientos, injusticias y en el abandono de los valores humanos fundamentales», escribe Girri en el prólogo. Y en realidad, «Spoon River» es como la saga de unos seres de los que nos importa, por encima de cualquier localización histórica, su vivir: la debilidad o la tenacidad, la suerte o la adversidad, la mezquindad o la grandeza de sus acciones y de su comportamiento, que ellos mismos nos cuentan desde su descanso apacible en ese cementerio del Middle West.

El escritor convoca a estos personajes, pero son ellos los que hablan, los que nos cuentan su vida desde su muerte. Reflexionan desde el final por medio de una confesión sostenida en una tensión bipolar en el tiem-

(1) Carl Sandburg: «Antología», Plaza & Janés. Trad. y prólogo de Agustí Bartra.
(2) Edgar Lee Masters: «Antología de Spoon River», Barral Editores, Barcelona, 1974. 111 páginas.

po (pasado-presente) y en la exigencia moral (lo verdadero-lo aparente). «Spoon River» puede considerarse como la culminación de las tradicionales danzas de la muerte, si las pudiésemos despojar de todo contenido censor o moralizante. Aquí no nos importa la muerte como anuladora de un orden jerárquico, y sí —mucho— lo que la perspectiva desde la muerte descubre

(Henry me engendró
[un hijo
sabiendo que no podía dar a luz una
vida
sin perder la mía.
Por eso traspuse en
mi juventud las
puertas de la nada.
Vagando, en el pueblo donde viví se
[creo
que Henry me amó
[con amor de esposo,
pero yo proclamo desde el polvo
que él me mató para
[satisfacer su odio.)

y la nueva actitud moral que dicha perspectiva proporciona. De ahí que interese el comportamiento de esos seres solitarios, su solidaridad o su enfrentamiento en esa vida nómada unas veces, violenta otras, frustrada las más, en pos de una libertad imposible y de una tranquilidad efímera. Y ese comportamiento, inscrito en un específico ámbito, mezquino, provinciano, encerrado en el ahogo convencional y puritano de una existencia maniquea que el propio Masters padeciera durante su juventud en Illinois, y que queda reflejada en la desposesión y el abandono de esas criaturas perdidas en el vagabundaje, el azar, la frustración y el arrebato rebelde.

Masters no sólo ha sabido descubrir la verdadera épica de la colectividad en que vive, la épica cotidiana y aparentemente intrascendente de aquella década crítica, sino que la ha sabido transmitir adecuadamente, con un lenguaje simple, llano, a ratos coloquial, a ratos hondamente reflexivo, a ratos irónico y hasta trágico, «en ver-

so» libres, coincidiendo curiosamente como estilo poético con el que recomendara por entonces Yeats a su paso por Chicago, un estilo «like speech, as simple as the simplest prose, like a cry of the heart». La poesía de Masters se une así a la más genuina personalidad poética norteamericana, pero —al propio tiempo— suma a esa característica generacional una peculiaridad: la profundidad y la hondura reflexivas, más destacadas en él que en los otros poetas, que incidieron directamente en la transformación social de su país. Por eso, la poesía de Masters se sustenta de acciones, de comportamientos (por eso son las gentes las que hablan, las que hacen el poema), y parece no poner demasiada atención en lo que Pedro Salinas llamaría lo manufacturado, tan característico en los otros escritores de su generación. Por eso, en fin, elabora como una trama sabiamente contruida, en la que unos personajes hablan de sus problemas, al tiempo que otro u otros nos ofrecen su versión de esa misma circunstancia. Una epopeya mínima, de sustantiva objetividad, en la que los héroes nos confiesan que sólo son hombres (y no se avergüenzan de ello), que su comportamiento nada tiene que ver con la mitología épica, y que en su grandeza, lo mismo que en su servidumbre, reside su máximo protagonismo histórico. Esto

y la fácil fluidez de la palabra y el verso son los ejes medulares de la intensa y dramática poesía de Edgar Lee Masters. ■ JORGE RODRIGUEZ PADRON.

«Penar Ocono»,
poesía
del gitano
José Heredia
Naya

Todo el que se adentra sería y solidariamente en el problema, sin racismo ni clasismo cultural burgués —según el cual no hay más cultura que la burguesa, y, por lo tanto, son simplemente «incultos» cuantos sectores se someten a otras pautas—, ha de llegar a la conclusión de que existe realmente una cultura gitana, es decir, un sistema de valores específico y propio de dicha comunidad. Imposible resumir aquí las líneas maestras que los estudiosos descubren en la concesión gitana del hombre, de la sociedad y del mundo; la misma historia, dispersión y presente del pueblo gitano —sus relaciones con la cultura tecnológica y con las clases proletarias de nuestros días— conforman una problemática que no es posible zanjar con generalizaciones esquemáticas.

Refiriéndonos exclusivamente a los gitanos españoles, si parece que puede establecerse, sin embargo, una constante: la persecución de que han sido objeto desde su llegada a la

Península a mediados del XV, identificados con el bandaje y parangonados a menudo —aunque fueran otras las razones de su «peligrosidad»— con judíos y moriscos. Sabido es que las viejas pragmáticas reales no los dejaban en paz. Quizá no sea tan conocido el artículo 4.º del capítulo I, parte 2.ª, de las «Disposiciones Servicios del Cuerpo de Guardia Civil», que, en 1942, establecía: «Se vigilará escrupulosamente a los gitanos, cuidando mucho de reconocer los documentos que tengan, confrontar sus señas particulares, observar sus trajes, averiguar su modo de vivir y cuanto conduzca a formar una idea exacta de sus movimientos y ocupaciones, indagando el punto a que se dirigen en sus viajes y el objeto de ellos».

Como se ve, el sufrimiento es largo y no tiene nada de particular —ni puede haber demagogia alguna en señalarlo— que haya marcado decisivamente muchos aspectos de la cultura gitana. Aquí no tenemos a la espalda el medio millón de gitanos asesinados que le contabilizaron en Nuremberg a la svástica, pero no faltan los que le rezan a esa cruz y quisieran, como «mal menor», que a los gitanos, después de cinco siglos de ser españoles, se les diera estatuto de extranjeros. Las listas, ya se sabe, siempre ayudan a resolver luego las cosas con limpieza.

